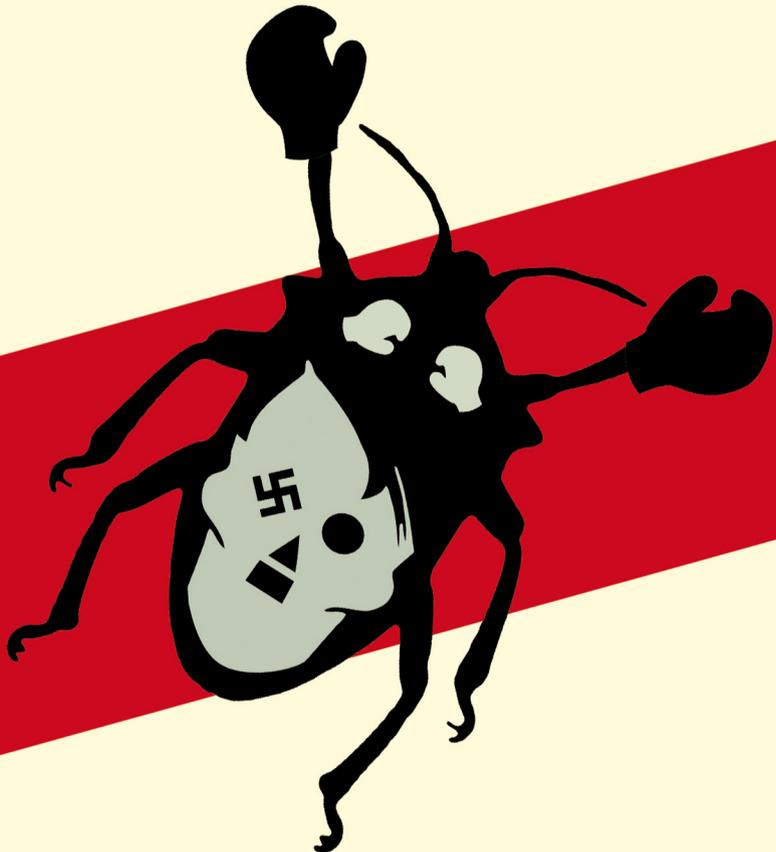


NED BEAUMAN

Escarabajo Hitler



Escarabajo Hitler

COLECCIÓN
LITERADURA

Ned Beaman

Escarabajo Hitler

Traducción de Jorge Rus Sánchez



Primera edición: octubre de 2012

*El editor agradece a la agente Susana Andrés el haberle recomendado
con entusiasmo la publicación de esta obra*

© Ned Beuman, 2010, 2012

First published in Great Britain in 2010 by Sceptre

© de la traducción: Jorge Rus Sánchez, 2012

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2012

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

BIC: FA

ISBN: 978-84-940293-3-2

Dep. Legal: M-33288-2012

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Beetlehit*, © Baldiri Llorens Bassols, 2012

Producción gráfica: AFANIAS Industrias Gráficas

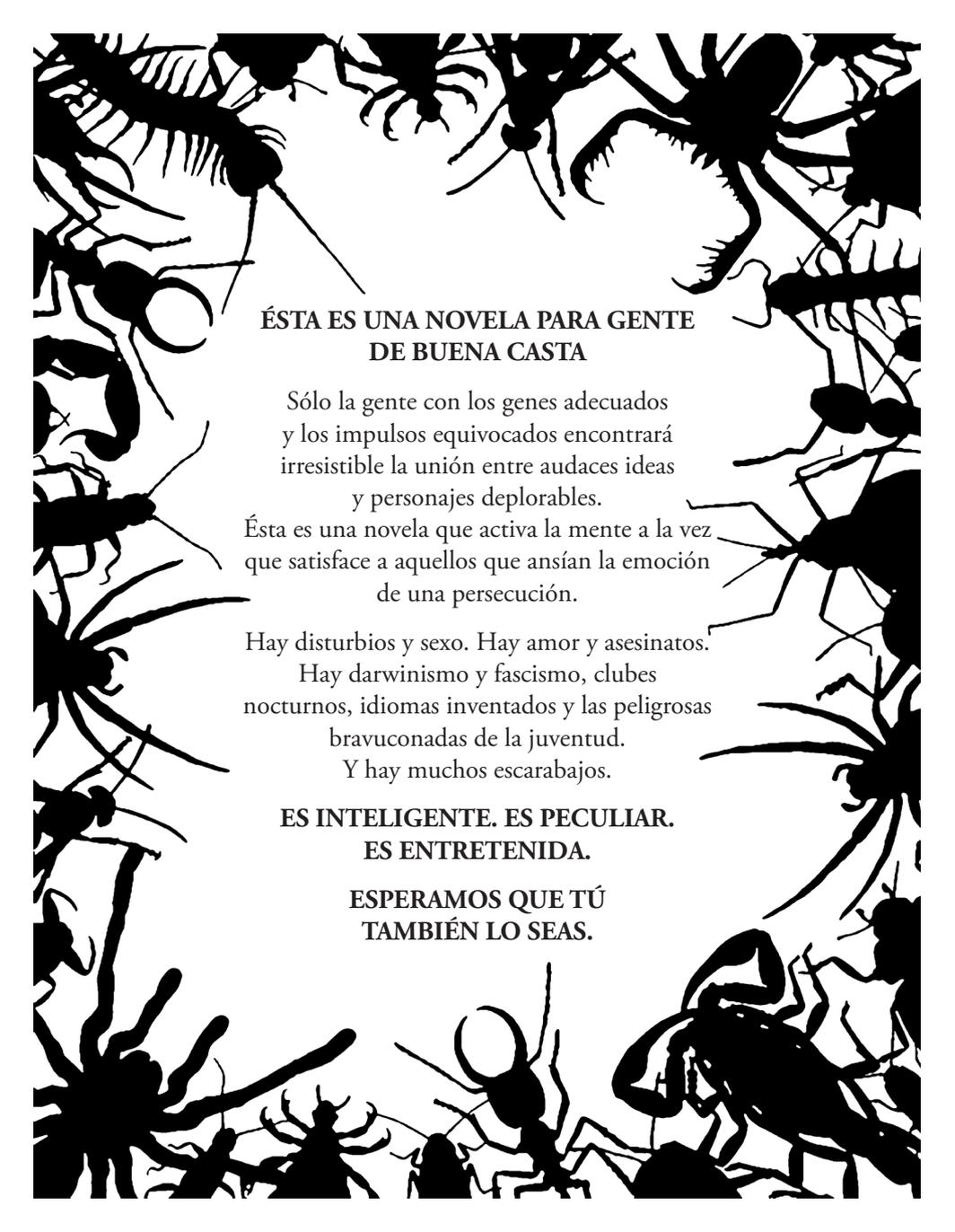
Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Escarabajo Hitler



**ÉSTA ES UNA NOVELA PARA GENTE
DE BUENA CASTA**

Sólo la gente con los genes adecuados
y los impulsos equivocados encontrará
irresistible la unión entre audaces ideas
y personajes deplorables.

Ésta es una novela que activa la mente a la vez
que satisface a aquellos que ansían la emoción
de una persecución.

Hay disturbios y sexo. Hay amor y asesinatos.

Hay darwinismo y fascismo, clubes
nocturnos, idiomas inventados y las peligrosas
bravuconadas de la juventud.

Y hay muchos escarabajos.

**ES INTELIGENTE. ES PECULIAR.
ES ENTRETENIDA.**

**ESPERAMOS QUE TÚ
TAMBIÉN LO SEAS.**

**«EL DEBUT ASOMBROSAMENTE
DESENVUELTO DE
NED BEAUMAN
COMIENZA DE LA MISMA MANERA
EN QUE TIENE INTENCIÓN DE CONTINUAR:
SEGURO, CON CHISPA,
Y NO CON EL MEJOR
GUSTO... MUCHOS
DEBUTS NOVELÍSTICOS SON
CALIFICADOS COMO PROMETEDORES.
ESCARABAJOS HITLER
LLEGA EN PLENA FORMA:
ORIGINAL, ESTIMULANTE, Y
TREMENDAMENTE DIVERTIDA»
PETER PARKER,
SUNDAY TIMES**

**«INTELIGENTE, INVENTIVA, INGENIOSAMENTE
ESTRUCTURADA, ABARCA
TODO EL GÉNERO TAN BRILLANTE EN
SUS REFERENCIAS COMO CUALQUIER
NOVELA GRÁFICA Y, POR
ENCIMA DE TODO, UNA LECTURA
DIVERTIDA Y ENERGICA
A TRAVÉS DE UN PERIODO
FASCINANTE DE LA HISTORIA»
ROB SHARP, INDEPENDENT ON SUNDAY**

**« P R O F U N D A M E N T E
DOCUMENTADA Y ESCRITA
CON FUERZA, ÉSTA ES UNA OBRA
TOTALMENTE ÚNICA QUE SEÑALA
A SU AUTOR, AFINCADO EN LONDRES,
COMO UNA NUEVA Y
ESTIMULANTE VOZ
EN EL MUNDO DE LA FICCIÓN»
CAMILLA PIA, THE LIST**

«CONVERTIR UNA IDEA REPUGNANTE EN ALGO HILARANTE ES ALGO QUE DEBE HACERSE CON MUCHO CUIDADO, PERO BEAMAN LO LOGRA A LA PERFECCIÓN»
ROSALIND PORTER, LITERARY REVIEW

«ARREBATADORA... AL IGUAL QUE CON P.G. WODEHOUSE Y LAS PRIMERAS NOVELAS DE MARTIN AMIS. EL TONO ES MALICIOSO Y DESCARADO SIN LLEGAR A SER MERAMENTE DESENFADADO NI EXTRAVAGANTE... EN ERSKINE Y BROOM TENEMOS A DOS HÉROES QUE NO DEJAN DE SORPRENDERNOS Y HASTA SUS MÁS ESTÚPIDOS PENSAMIENTOS RESULTAN FASCINANTES»
LEO ROBSON, DAILY EXPRESS

**«SORPRENDENTE DEBUT...
DESBORDANTE DE ENERGÍA,
INGENIOSAS IDEAS, CON UN LENGUAJE
INTOXICANTE, ESCARABAJO
HITLER ES ERÓTICA, INTELIGENTE
Y DELIRANTE»
JAKE ARNOTT**

**«UNA DIVERTIDA LECTURA,
AGUDA Y FASCINANTE»
JAMES MEDD, WORD**

**«EXUBERANTE...HAY POLÍTICA,
HUMOR NEGRO,
EXPERIMENTACIÓN Y UNA ORIGINALIDAD
SALVAJE - Y NI SIQUIERA HE
MENCIONADO LOS ESCARABAJO.
TREMENDA»
KATE SAUNDERS, THE TIMES**

«UN DEBUT INGENIOSO Y ERUDITO... LLENO DE CURIOSIDADES, SE ADENTRA CON SEGURIDAD EN EL FASCISMO BRITÁNICO, LA SOCIEDAD THULE, EL ANTISEMITISMO, LA COMPOSICIÓN ATONAL, EL SEXO Y EL SISTEMA DE CLASES... UNA OBRA DIVERTIDA Y SIN PRETENSIONES, ORIGINAL Y BIEN CONSTRUIDA... A MENUDO, SORPRENDENTEMENTE OBSCENA. BEAUMAN ES ALGUIEN A QUIEN HAY QUE SEGUIR DE CERCA»
KATIE ALLEN, TIME OUT

«DELICIOSO DEBUT, SALVAJE Y TRAZADO CON MAESTRÍA»
THE OBSERVER

...estamos acostumbrados a creer que los mapas y la realidad están necesariamente relacionados o, que si no lo están, podemos hacer que sea así alterando la realidad.

JANE JACOBS,
La muerte y la vida de las grandes ciudades estadounidenses

La disonancia es la verdad sobre la armonía.

THEODOR ADORNO, Teoría Estética

A VECES, CUANDO NO TENGO nada que hacer, me gusta cerrar los ojos e imaginarme la fiesta del cuadragésimo tercer cumpleaños de Joseph Goebbels. Me gusta creer que, incluso en aquel ajetreado otoño de 1940, Hitler podría haber encontrado algo de tiempo para organizarle una fiesta sorpresa a su íntimo amigo, haber fingido durante semanas que la fecha se le había olvidado, ignorando deliberadamente las cada vez más enfurruñadas y torpes indirectas del ministro de Propaganda, y haber esperado hasta enviar la última de sus órdenes a los comandantes de submarino, la noche del martes 29 de octubre, antes de llevarse a Goebbels al bar de la Cancillería del Reich con algún pretexto. Un sonoro «*Alles Gute zum Geburtstag!*», una cascada de serpentinas, una risa aliviada con

quizás alguna lágrima del propio Goebbels mientras abraza al Führer... y la fiesta podría empezar.

Por supuesto, todo esto son conjeturas. Pero lo que es seguro es que, en algún momento de aquel día, Hitler se presentó ante Goebbels con su regalo de cumpleaños: una exquisita edición ilustrada en quince volúmenes de las obras completas de Goethe, publicada en Stuttgart en 1881 por J.G. Gottafchen, encuadernadas en tafilete rojo, el lomo dorado y los cantos marmolados.

Uno no puede evitar sentir lástima por los soldados de la 101ª División Aerotransportada Estadounidense que, casi cinco años más tarde, irrumpieron en una mina de sal tapiada cerca de Berchtesgaden y reventaron las cajas de *schnapps* que había allí apiladas para encontrar, no lingotes de oro, o la Lanza Sagrada que atravesó el costado de Cristo, ni siquiera una sola botella de *schnapps* de consuelo, sino la biblioteca personal de Goebbels, escondida allí apresuradamente cuando la guerra comenzó a volverse en contra de los nazis. Sin embargo, alguien fue lo bastante consciente de sus deberes para asegurarse de que los libros no acabasen en una pira y se enviaran por barco a la Biblioteca del Congreso en Washington. (Por el contrario, la inmensa mayoría de los dieciséis mil libros de Hitler, así como su cráneo y la ropa interior de Eva Braun, cayeron en manos del Ejército Rojo y, a día de hoy, se estarán descomponiendo en una iglesia barroca abandonada

junto al castillo de Uzkoë, cerca de Moscú, de la que solo puedo suponer que es, con diferencia, el edificio más espe-luznante del mundo).

La colección de libros no sería desempaquetada hasta 1952, cuando le encargaron el trabajo a un estudiante en prácticas, quien probablemente hubiera preferido estar ayudando en un campamento de verano. Hasta aquel momento, las obras de Goethe en la edición de Gottafchen, con la cariñosa dedicatoria de Hitler y las notas al margen de Goebbels, se habían abierto camino en el mercado libre. Alrededor de cincuenta años más tarde llegaron a las manos de Horace Grublock, promotor inmobiliario londinense, quien, hasta su violenta muerte ese mismo año, me había contratado para trabajar para él esporádicamente.

Entre 2002 y 2007, Grublock me regaló tres volúmenes (desde el *Prometheus* hasta la *Iphigenie auf Tauris*) a cambio de algunos recados, y me prometió que algún día, si le era leal, me haría con toda la colección. Era humillante, pero Grublock decía que jamás la vendería, y si lo hacía, la clase de intermediarios que podrían comerciar con el Goethe de Gottafchen que había pertenecido a Goebbels no le cogerían el teléfono a alguien como yo, Kevin Broom, e incluso si se daba el caso, yo nunca habría podido pagar el precio. Así que no tenía escapatoria. Por eso, cuando Grublock me llamó a las diez de la noche un jueves de septiembre, mucho antes de

que yo hubiese oído hablar de la ciudad de Roachmorton, corrí hacia el teléfono con la pasta de dientes aún goteándome por la boca; sabía que tenía que ser él.

—Fishy¹ —dijo él.

—¿Sí, Horace?

—¿Recuerdas a aquel investigador privado que ha estado haciendo algunos trabajos para mí? ¿Zroszak?

—Creo que sí.

—Se supone que tiene que llamar cada noche para informarme, pero ya lleva dos noches sin hacerlo, y no ha avisado. Yo mismo he intentado llamarle, pero no contesta. Pásate por allí y comprueba que no le haya ocurrido nada.

—¿Por su oficina?

—No tiene oficina. Trabaja fuera de casa, como una de esas que leen las palmas de la mano. Está en Camden. Sólo te llevará diez minutos.

Me dio la dirección.

—¿Y qué está haciendo para ti?

—Sabes perfectamente que no puedo decírtelo, Fishy. Por muy leal que me seas, sé que tu verdadera lealtad la reservas para tus amigos de Internet. A menos que, por casualidad, hayas oído hablar de un tipo llamado Seth Roach...

—No.

1. Fishy: apelativo cariñoso y burlón: pececito, pescadito. Alusión al olor del protagonista. (Todas las notas son del traductor).

—Entonces eso es todo. Ahora vete.

A menudo me preguntan: «¿Por qué te habría dado por coleccionar objetos raros nazis si en el fondo tú mismo no fueses nazi?». O, al menos, supongo que a menudo me lo preguntarían si alguien (aparte de Grublock, mi antigua asistente y, como Grublock les llama, mis «amigos de Internet») conociera mis aficiones.

En mí no se oculta ningún nazi. Me dan náuseas cada vez que pienso en lo que hicieron. Igual que a vosotros, probablemente. Y, si sólo pensar en ello puede provocar el pequeño y falso sentimiento de culpabilidad del que ha sobrevivido, imaginad lo que es coger una daga de las SS en la mano. No conozco ninguna experiencia como ésa: sientes como si estuvieras haciendo algo terriblemente malo, pero sabes que no puede estar mal porque no haces daño a nadie. Es algo estúpido, excitante y de lo más revelador. Normalmente, uno no examina a sus anchas su propia conciencia porque cuando ésta asoma la jeta, si es que lo hace, es para pegarte un buen mordisco, y a uno le falta tiempo para quitársela de encima. Ahora bien, si la enjaulas en esta paradoja, de modo que sólo puede reptar y ensordecerte a base de ladridos —pero no hacerte daño—, la podrás estudiar a placer. La mayoría de las personas no sabe cómo se siente de verdad por el Holocausto pues cree que, si piensa demasiado en ello, descubrirá que no se siente lo suficientemente triste por los

seis millones de muertos. Sin embargo, yo conozco mi alma a la perfección.

Debería añadir, además, que los precios de las reliquias nazis pueden subir cada año entre un 10 y un 20 por ciento. Intentad conseguir un beneficio así en bolsa. Yo comercio en páginas de subastas en Internet, y me aprovecho de la estupidez y de la pereza de aficionados que, o bien no les importa, o bien no se dan cuenta de que podrían obtener un mejor precio con un verdadero tratante. Como todo capitalista, trato el mercado libre como a una vieja abuela ricachona: halago a la zorra constantemente, le digo que está más viva que nunca, pero luego estoy más que contento si puedo explotar su atonía y demencia para sacar tajada; y si trata de inmiscuirse en mis negocios con su Mano Invisible, simplemente, la abofeteo. En mi trabajo de día, me especializo en objetos de los Aliados de la Segunda Guerra Mundial, pero también de la Guerra de Crimea, la Primera Guerra Mundial y Vietnam, además de alguna espada samurái japonesa ocasionalmente. (Nunca compraría ni vendería nada nazi por mero beneficio). Solía trabajar como contable, pero odiaba recibir instrucciones de mis clientes y, lo que es más importante, pensé que sería más conveniente si mi empleo pudiera ampliarse hasta confundirse con mi vocación. De ese modo, puedo justificar las horas que paso al ordenador examinando catálogos, listas de subastas, y comprobando en los foros si

tengo algún mensaje. Con eso pago el alquiler. Sin embargo, nunca tengo liquidez suficiente para cerrar grandes tratos y, a menudo, tengo que ahorrar durante meses para poder permitirme, digamos, una de las pitilleras de Ilsa Koch.

Así que, entre los coleccionistas, soy apenas un gusano. Y especialmente, en comparación con Stuart, mi mejor amigo, que no tiene nada que envidiarle a Grublock. Cada cierto tiempo hay una semana en la que estoy demasiado enfadado para hablar con Stuart porque no ha pujado por algún tesoro irresistible, dejando que acabe en Tokio y desaparecido para siempre. Él podría permitirse casi cualquier cosa: hijo único de un maestro en fondos de inversión de alto riesgo, completó su herencia con un acuerdo legal sustancioso tras un accidente con una máquina dispensadora de café que le dejó paralizado de cintura para abajo. A menudo me pregunto si yo estaría dispuesto a dar mis dos piernas a cambio de la pluma *Gold Fountain* con la que Adolf Hitler y Rudolf Hess escribieron *Mein Kampf*; estoy casi seguro de que sí. Tampoco es que yo salga muy a menudo de casa y, además, parece que Stuart siempre esté feliz a pesar de su discapacidad. Eso aumenta mis continuas sospechas acerca de que su cuidadora cobra un extra por hacerle pajas. En cambio, yo suelo preguntarme si dejaría escapar un premio así a cambio de una cura para mi trimetilaminuria, y, a decir verdad, creo que por mucho que odie la trimetilaminuria, no sólo estaría dispuesto

a vivir con la discapacidad, sino también a contagiársela a Stuart con tal de hacerme con esa pluma estilográfica.

Menciono esto solo para que entendáis que no soy como Grublock. En absoluto. Una vez oí a mi ex-jefe comentarle su enorme colección a un inversor ruso:

—En cierto modo, supongo, soy un nazi —dijo pensativo—. Admiro su ambición. Su coraje. Su estilo, en el sentido nietzscheniano. No permitieron excepciones a su visión, y ésa es una lección que todos deberíamos aprender. Y, por supuesto, me encanta su arquitectura aunque, tristemente, la mayor parte de ella sólo exista en bocetos.

—Pero ¿también odia usted a los judíos? —preguntó el ruso.

—La verdad es que no. Como dije, tengo un gran respeto por muchos aspectos del nazismo, pero no por sus extrañas y lamentables fobias. Todo eso es irracional, y yo no soy un irracionalista. Se puede distinguir fácilmente a los coleccionistas con esas inclinaciones. Tienen libros supuestamente encuadernados con piel humana, y pastillas de jabón hechas, en teoría, a partir de grasa humana. Estúpidos. Es casi imposible distinguir la carne humana curtida de la carne de cerdo curtida, y el mito del jabón es simplemente, eso, un mito. Pero desean de tal modo que sea cierto, que malgastan su dinero de todas formas. Eso, claro, si no son negacionistas. En tal caso no encontrará usted nada de ese material

repugnante, y, sin embargo, es probable que dé con pruebas documentales actuales que vienen a *demostrar* que Dachau no era más que un huerto experimental, o tonterías por el estilo —apuró su *gin tonic*—. No, ciertamente, no odio a los judíos. Compadezco a las víctimas de los nazis, tanto como se puede compadecer a un montón de proletarios extranjeros que murieron décadas antes de que uno naciera. Y he de admitir que Hitler estaba probablemente loco, o bien era un ser malvado, o un completo cabronazo, si consideramos que no hay ninguna diferencia entre los tres epítetos, y si consideramos que tiene mucho más sentido aplicárselos a un dictador muerto que a un terremoto o a un huracán. Y creo que se equivocó intentando apoderarse de Europa, por más que las aspiraciones políticas de un hombre no sean más o menos legítimas que las de cualquier otro.

Por cierto, lo más increíble acerca de la colección de Grublock, que ocupaba la planta superior del ático de tres pisos donde vivía, es que superaba la de los mismísimos nazis. Nunca en la historia del Reich alemán se reunió la mitad de tal esplendor en una sola habitación. Era como si, en los años ochenta, algún empresario de Las Vegas hubiese abierto un casino llamado *El Palacio de Hitler*. La pieza central de todo aquello era una vitrina que contenía el uniforme de la *Luftwaffe* del general Walter von Axhelm, además de su Cruz de Caballero y su daga de caza con incrustaciones de

esmeralda cuya hoja había pertenecido a Napoleón. Además, estaba el tesoro máspreciado de Grublock: un precioso cofre de cetrería de porcelana hecho expresamente para Hermann Goering. El resto de la habitación estaba abarrotada con más uniformes, medallas, armas, instrumentos de tortura, adornos y cuadros. Todo ello iluminado por unas luces tenues. Las paredes estaban cubiertas por largos estandartes de seda rojos con la esvástica negra sobre el círculo blanco. Aquello era el País de las Maravillas. Así que, cuando Grublock no quiso soltar prenda de lo que Zroszak estaba haciendo para él, estuve seguro de que el detective iba tras la pista de algo realmente extraordinario.

Me vestí y bajé hasta el coche. El *Happy Fried Chicken* sobre el que vivía estaba lleno de borrachos, como de costumbre. No supe por qué tenía tanto éxito hasta que averigüé que uno de los cocineros vendía cannabis. Era una noche fría y, mientras conducía hacia un bloque de apartamentos cerca del canal de Londres, me pareció oír una conversación entre susurros que venía de la oscuridad de la calle. Me apetecía escuchar la radio —hay una emisora clandestina que me gusta llamada *Myth FM*— pero no pude sintonizar nada en mi vieja radio salvo ruido de fondo. Siempre he pensado que el aire de Londres debe estar cargado de electricidad estática, todo ese electromagnetismo que sale de los coches y microondas y los cables telefónicos. Otro pequeño residuo

muerto de la ciudad, como el óxido, el polvo o el hollín. Estoy seguro de que las ratas, las palomas y las cucarachas han aprendido a navegar por él.

Cuando llegué al piso de Zroszak, llamé al portero automático, pero no hubo respuesta, de modo que esperé allí, pasando frío, hasta que una chica con un vestido gris salió, y sujeté la puerta mientras se cerraba tras ella. Al pasar, arrugó la nariz como hacen los conejos. Arriba, la puerta del 3B estaba ligeramente entreabierta. La cerradura estaba rota. Llamé, pero de nuevo no hubo respuesta, así que dije: «¿Sr. Zroszak?», y empujé la puerta.

En el pequeño y vacío apartamento vi a Zroszak de rodillas tras un escritorio, como si estuviese rezando, su cabeza echada hacia delante, de manera que no se le veía el rostro. Había sangre seca en el borde del escritorio y una mancha oscura sobre la alfombra, donde había goteado. Al acercarme, pude ver sus venas negras y verdosas hinchadas en la frente. Empezaba a oler a podrido, como cuando se afila lentamente la hoja de un cuchillo viejo y romo. Aquello me resultaba bastante familiar debido a todas esas series con atractivas forenses que ponen en la tele. Esas que hacen que uno casi quiera ser asesinado con tal de que una mujer así de sexy sujete tus pulmones con sus delicadas manos, el tipo de serie en el que acicalan la escena del crimen como si de una vieja diva de Hollywood se tratara, con polvos, pinzas y amables

susurros. Pero yo no era detective y, en aquel momento, lo único que quería era dar media vuelta y salir pitando de allí.

Temblando, telefoneé a Grublock.

—Fishy.

—Está muerto —dije.

—¡Oh, santo cielo! ¿Cómo?

—De un disparo, creo. Con una pistola.

—Joder. Apuesto a que han sido esos malditos japoneses. Uno de esos pequeños y horribles grupos organizados. Siempre están con estas tonterías de mal gusto. Bueno, gracias, Fishy. Vete a casa. Enviaré a alguien a que averigüe qué andan tramando.

Colgué. Eché un vistazo y me di cuenta de que el lugar había sido registrado. Los cajones del archivador de Zroszak estaban abiertos, pero vacíos, y no había libros en ninguna de las estanterías. Sobre el escritorio, junto a la cabeza de la víctima, había un bloc de dibujo, un lápiz, una goma y un libro llamado *Cómo dibujar perros y gatos*. Aparte de eso, si alguna vez había habido el más mínimo rastro sobre la personalidad de Zroszak en aquel horrible apartamento, ahora había desaparecido, como la moraleja de una historia que apenas recordamos.

Pensé que si lograba averiguar algo, Grublock seguramente me regalaría un tanque *Panzer* por Navidades. Pero incluso si el asesino o los asesinos de Zroszak habían pasado

algo por alto, no había manera de que yo pudiera encontrar ninguna pista con el cuerpo de Zroszak ahí. Sólo de ponerme a pensarlo, tuve que ir corriendo a la pequeña cocina a por un cubito de hielo que chupar. Era el remedio de mi difunta madre para la ansiedad.

La luz del congelador no funcionaba, y la cubitera estaba pegada a la superficie. Tiré de ella con fuerza y salió junto a un pedazo de escarcha. Al hacer esto, algo cayó sobre el piso de baldosa.

Me agaché y lo recogí. Era un paquete de aluminio cerrado, como esos que podrían usar los astronautas para la sopa de tomate. Lo abrí con mi navaja suiza del ejército. Dentro, había un papel de color amarillo doblado en cuatro. Lo abrí, lo extendí sobre la mesa de la cocina, y eché un vistazo al texto escrito a máquina. La carta tenía membrete de la Oficina del Führer en la calle *Arcisstrasse*, en Múnich, y estaba fechada el 4 de octubre de 1936. Iba dirigida a alguien llamado Philip Erskine, a una calle del barrio de Clerkenwell. Cuando vi la firma del remitente corrí desesperadamente en busca de un cubito de hielo.

Estimado Doctor Erskine,

He recibido regalos de papas, magnates y jefes de estado, pero nunca uno tan peculiar e inesperado como su amable presente. Es un recordatorio de que las conquistas de nuestros

científicos son tan importantes para nuestro futuro como las conquistas de nuestros soldados. Espero que me mantenga informado de los progresos de su trabajo. Quizás algún día el Tercer Reich tenga un puesto para usted. ¿Qué tal su alemán?

Con mis mejores deseos,

*Adolf Hitler
Canciller del Reich*

Pasé la siguiente media hora registrando cada milímetro del piso de Zroszak. Su cuerpo ya no era un problema. Pero no encontré nada.